

## Presentación

*Evelyn Alfaro-Rodríguez*

Universidad Autónoma de Zacatecas. Zacatecas, México. seven952000@hotmail.com

Hace un par de años, mi amigo, mentor y colega Martín Sánchez Rodríguez y una servidora comentábamos que existía un vacío historiográfico en el estudio de un personaje fundamental que, de alguna u otra manera, ha sido abordado someramente en los trabajos académicos orientados al estudio de los usos, abastecimiento y distribución del agua. Sin embargo, a la fecha, no se han realizado trabajos específicos que aborden como agente central de estos sistemas a los denominados “aguadores”.

Siguiendo a Juan Manuel Matés Barco, desde el periodo medieval los cabildos autorizaron la “venta ambulante” de agua por medio de “aguadores” que empleaban carrotones llenos de cántaros que distribuían por calles y casas de los vecindarios<sup>1</sup>. El líquido que se ofrecía provenía de distintos puntos de suministro tales como ríos, arroyos, manantiales, fuentes, pilas, pozos públicos, acequias, entre otros. Para obtenerlo, estos sujetos utilizaban “pellejos” o cántaros y lo transportaban a hombros o por medio de caballerías. El agua se ofertaba por los distintos barrios de las ciudades, lo que hace pensar que si había algún personaje que tuviera un conocimiento amplio sobre la conformación y organización de los centros urbanos eran, sin duda, los “aguadores”, quienes también desarrollaban un nivel de interacción social y convivencia cotidiana con los habitantes de los poblados, pues con algunos de ellos el acarreo del líquido era diario y se pudieron generar interconexiones, entendidas estas como el entramado de relaciones cotidianas, económicas y culturales, donde actúan diferentes actores: aguadores, sirvientes, dueños o arrendatarios de las viviendas (quienes pagaban por el recurso), así como “fiadores” que otorgaban, como lo solicitó la institución municipal, su aval para el ejercicio público del oficio.

El gremio, como señala Matés, tuvo un origen antiquísimo en España, aunque hay algunos que lo sitúan en el siglo XVII con el crecimiento poblacional a la llegada de la Corte a Madrid, momento en el que comenzaron a surgir conflictos entre los aguadores y los habitantes por el acaparamiento de las fuentes frente a

los usuarios que concurrían a ellas para obtener el recurso<sup>2</sup>. Estas disyuntivas no solo fueron frecuentes en dicho periodo pues hay registros documentales que hablan al respecto en varias ciudades de México –y sin duda en otras del orbe– a mediados y finales del siglo XIX y entrado el XX.

Los “aguadores” dependían de los ayuntamientos, institución que autorizaba ejercer su oficio y regulaba su funcionamiento. La intervención de la autoridad municipal en el resguardo y desempeño de estos personajes en las ciudades no solo tenía que ver con las formas que empleaban para obtener el recurso o con la vigilancia de la calidad del producto que ofertaban y de dónde provenía, sino que era obligación de los cabildos “custodiar el sistema de venta en todo lo concerniente a precios, medidas, impuestos, etc., y ejercían su labor tutelar para los abusos y engaños por parte de los vendedores”<sup>3</sup>. Fue la institución que implementó bandos, ordenanzas, reglamentos y el discurso que enunciaba las facultades, derechos y obligaciones de los integrantes del oficio de aguador. Textos en los que se pueden observar las contradicciones entre lo que se refiere y lo que se hace y la imposición de una visión unilateral que, en algunos momentos, pudo ser modificable.

En este sentido, la organización social de los aguadores remite al estudio y al análisis de las relaciones que se establecieron o establecen entre los integrantes del gremio, ya sean comerciales, de trabajo o culturales; con las instituciones; con los compradores, con quienes se pudieron establecer vínculos de amistad que, en cierto sentido, generaron la posibilidad de tener uno o varios aguadores de “su confianza” por vivienda o viviendas de familiares y amigos que tuvieran el privilegio de ser surtidos con las mejores aguas y a corto tiempo; y con otros actores sociales llamados “fiadores”, con los que se generaron ciertas relaciones de patronazgo al convertirse en los individuos que garantizaban o caucionaban el comportamiento y trabajo del “aguador”.

2 Idem.

3 Ibidem, 135.

1 Matés, 1999, 134.

Dado que comprendemos que las sociedades y sus culturas se van haciendo y rehaciendo históricamente<sup>4</sup>, se entiende que la labor de los aguadores ha mutado con el tiempo, en un periodo de larga duración, donde las variaciones se fueron adaptando a las circunstancias sociales, económicas, de abasto, desabasto y uso del líquido, científicas y tecnológicas, y administrativas; o, quizás, siguiendo parámetros culturales basados en la propia topografía de los centros urbanos, algo que en distintas partes determinó el uso de los instrumentos y formas de acarrear el agua, la vestimenta y la forma de promocionar el producto.

En este dossier titulado “La organización social del abastecimiento urbano de agua: los aguadores” se pretende traer a la memoria a los individuos que intervinieron en los procesos de abastecimiento y distribución de las aguas en diversos espacios y temporalidades, basándonos principalmente en el caso de México.

Evelyn Alfaro Rodríguez, bajo el concepto de las relaciones sociales, analiza el papel que desarrollaron los aguadores en la ciudad de Zacatecas en un marco temporal de larga duración, mostrando que a pesar de los intentos que realizaron el Ayuntamiento y el Estado para introducir un sistema de abasto de corte moderno, el oficio de aguador permaneció hasta mediados del siglo XX como uno de los principales elementos de cobertura del servicio. El aguador era regulado por el órgano municipal, quien a finales del siglo XIX implementó bajo decreto que, para poder ejercer el oficio y evitar malestares entre la población, estos personajes debían contar con el aval de dos personas de prestigio que serían aprobadas por la institución. Con ello, se fueron desarrollando interconexiones en el espacio social en torno al proceso de abasto y distribución del líquido.

En el hacer y rehacer de los procesos sociales y culturales, se ubica el artículo de Martín Sánchez Rodríguez, quien estudia desde la organización normativa y social al aguador. A lo largo del texto, el autor manifiesta que este oficio urbano, considerado como desaparecido en México, ha sufrido algunas variaciones, adaptaciones o mutaciones que han ido acompañadas de los avances tecnológicos y del surgimiento de materiales como la lámina. A partir del análisis de fotografías, pinturas y crónicas, Sánchez Rodríguez establece una tipología orientada al estudio de los artificios que utilizaban y usan los personajes encargados de hacer llegar el líquido a las viviendas pues cabe destacar que, en países como México, el agua para consumo humano aún no llega abriendo una llave como en Estados Unidos de Norteamérica o en los países europeos, motivo por el cual diversas empresas nacionales y trasnacionales cubren la demanda del líquido a partir de un servicio a domicilio donde el líquido se vende en diferentes presentaciones, empleando materiales sintéticos como el PET.

En esta misma dinámica, se ubica el trabajo de Patricia Rivera, Karina Navarro y Refugio Chávez, donde se analiza socio-espacialmente el sistema de abastecimiento de agua en la ciudad de Tijuana, Baja California, lugar que en los últimos años ha padecido una constante escasez de líquido y un aumento poblacional que ha generado mayor demanda y la utilización por parte de la

población de mecanismos alternativos como la compra del agua potable en puntos de abasto denominados “garzas”, en pozos o tomas de agua desde donde el líquido es transportado por empresas operadoras de carros “cisterna” o “pipas” que lo distribuyen en zonas espaciales consideradas irregulares. Operadores contratados por empresas para acarrear el líquido que no llega de manera eficiente a las viviendas y sin tomar en cuenta si el recurso tiene los suficientes niveles de calidad para el consumo humano.

José Juan Pablo Rojas Ramírez en “El aguador y la infraestructura hidráulica en la ciudad de Guadalajara, México”, expone cómo se desarrolló la dinámica del aguador frente a los modernos procesos de infraestructura hidráulica donde el oficio tradicional se fue adaptando a las nuevas circunstancias; los clásicos y pintorescos personajes se convirtieron en empleados, repartidores de agua, en un oficio de supervivencia.

Otra ciudad mexicana que constantemente padeció la falta de agua y que no contó con un adecuado sistema de distribución, fue Aguascalientes. Jesús Gómez Serrano realiza una reconstrucción de los problemas relacionados con el abasto de agua potable durante la segunda mitad del siglo XIX, momento en el que se multiplicaron las fuentes públicas y la acequia que iba del manantial a la ciudad continuaba siendo uno de los principales artificios que proveía de líquido a la ciudad, contexto de modernización porfiriana donde los tradicionales aguadores permanecían como los sujetos sociales que se empleaban para surtir a la población del recurso, mostrando una clásica coexistencia entre un sistema de corte moderno con uno de tipo tradicional.

Desde una perspectiva de género, Roxana Rodríguez Bravo y Juan Salvador Rivera Sánchez realizan un estudio a partir del análisis de las fotografías de aguadores y aguadoras en México. El género, entendido como una construcción cultural y social de la diferencia sexual que varía de un lugar a otro y entre los tiempos históricos, dio la posibilidad de interpretar las imágenes en tanto representaciones sociales y responder al planteamiento ¿qué tienen que ver las representaciones-imágenes de aguadores y aguadoras con las construcciones de género durante el siglo XIX?

A partir de esta compilación de artículos se comprende que ciudades grandes y pequeñas hayan recurrido al empleo de aguadores para satisfacer las demandas del líquido. El aguador representaba la figura característica del sistema clásico pero su permanencia a lo largo del tiempo refleja dos realidades: las debilidades y dificultades en la instalación del sistema moderno y las formas de organización que la sociedad ha tenido que desarrollar y adaptar ante los resultados poco eficientes del sistema. En este sentido es necesario reconocer que las sociedades a lo largo del tiempo han ideado diferentes estrategias para contar con el vital líquido y el oficio de aguador ha jugado un papel fundamental en el proceso de distribución en distintas temporalidades pues aunque los aguadores hayan desaparecido como tales, en la actualidad contemplamos camiones cisterna, “pipas” de agua y distintas empresas repartidoras de agua purificada que han reemplazado la función básica del aguador: llevar agua para beber a los hogares y líquido a los barrios populares donde todavía no se ha instalado ninguna red de agua, el servicio es ineficiente, no cumple con una cobertura total o todavía se plantea como algo

<sup>4</sup> Hernández, 2013, 42.

irrealizable que en países como México se pueda llegar a abrir la llave y beber el agua directamente de ella.

El eje nodal de esta publicación está orientado a descifrar la importancia del aguador en distintos tiempos y espacios mexicanos a partir del estudio de su organización social; interesa responder y discutir distintas problemáticas, tales como: descifrar y proponer una tipología del oficio; estudiar la ubicación del gremio; ¿cuál era la institución encargada de regular el oficio? ¿cómo estaban organizados? ¿quiénes podían ejercer el oficio? ¿cuáles eran los requisitos o características que debían reunir para pertenecer al gremio y realizar el trabajo? ¿a qué obligaciones se sujetaban? ¿cuánto cobraban por repartir el líquido a las viviendas?

¿quién imponía los costos? ¿de qué factores dependía la fijación de los precios? ¿cuáles han sido los cambios o permanencias del oficio a lo largo del tiempo? y ¿cómo ha mutado este sistema de distribución?

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- Matés Barco, J. M. 1999: *La conquista del agua. Historia económica del abastecimiento urbano*. Jaén, Universidad de Jaén.
- Hernández López, J. de J. 2013: *Paisaje y creación de valor. La transformación de los paisajes culturales del agave y del tequila*. Zamora, El Colegio de Michoacán.